

Crítica de The Cloverfield Paradox



Realidades paralelas, monstruos, paradojas espacio-temporales... la tercera entrega, The Cloverfield Paradox de la saga iniciada por Monstruoso se desmarca en gran medida de la saga, que ha pasado por dos fases muy diferenciadas, y prefiere girar los ojos hacia la ciencia ficción, buscando de alguna manera aunar los acontecimientos de todas en una suerte de solapamientos en el espacio y el tiempo provocados por un intento desesperado de encontrar una fuente de energía en un mundo que se muere.

Hace meses, al leer en qué consistiría "God Particle", la tercera entrega, la trama provocó escalofríos a cualquier fan del horror y la ciencia ficción. Eso de estar en la estación espacial y que de repente no existiese la tierra... solos, en el espacio, sin un lugar al que volver. Sin embargo, esta idea fue tornándose diferente con el paso de los meses, hasta llegar a cristalizarse en un relato mestizo entre la ciencia ficción y el horror en el que algunos elementos parecen colados con un retorcido calzador.

Pero todo esto, partiendo de una suerte de situación que bien podría llegar a darse (o no, quién sabe): los recursos del planeta se acaban. Así que mandan al espacio una estación con un acelerador de partículas al espacio, donde si todo funciona, crearán un flojo de energía estable y que salvaría a nuestro mundo. No hace falta ser muy imaginativo para saber que todo va a salir de la peor manera posible.

Esta crítica está libre de spoilers, por lo que no vamos a ahondar más en la trama, que si bien logra ser interesante, tiene algunos altibajos que hacen que se apoye tal vez de manera excesiva en el argumento de las realidades alternativas y las infinitas posibilidades que existen en un universo interdimensional. Hay situaciones que ocurren porque sí, no porque realmente pudiesen encajar.

Hay ocasiones en las que todo se fuerza y no resulta posible seguir la trama salvo por la curiosamente cómica actuación de Chris O'Dowd, quien parece haberse afincado en su pasado en Los Informáticos (The I.T. Crowd) para siempre, pese a las circunstancias, aportar algo de comedia.

Tampoco podemos obviar la presencia de Daniel Brühl, quien se convierte en un científico alemán, el responsable del bestial acelerador de partículas que da lugar al cambio de plano que sufren los protagonistas. A partir de ese momento, la trama se retuerce en dirección a algo más complicado, una suerte de mestizaje entre las infinitas cuerdas de 23/11/63 de Stephen King y un estilo de horror que por una vez obvia la presencia de criaturas casi por completo.

Sí, el espíritu de Monstruoso sigue presente, pero lo cierto es que ahora lo más temible se torna un juego de ruidos que provienen de la nave, auténtica protagonista de la historia y enemiga de los personajes, que se ven en la necesidad de afrontar lo peor pues la amenaza no llega a ser del todo física.

Podemos encontrar referencias a Solaris, a Misión a Marte e incluso, en muchas circunstancias, a Deep Impact, metraje del que toman la idea de una nave para intentar salvar a la tierra. La alternancia entre situaciones fatalistas con la parsimonia del capitán y los toques ligeros de humor hacen de este metraje algo inestable, además de contar con una factura propia de los años del apogeo de los DVD.

No nos extrañaría haber visto algo así en nuestro videoclub frecuente a principios de los 2000: los efectos visuales en ocasiones son pasables, en otras parecen de una década que empieza a parecer lejana.

Lo que sí que alegra al espectador adicto a la ciencia ficción es que realmente notamos el sabor a relato fílmico alejado de los modernos episodios de Black Mirror, de inclinación cinematográfica pero que no llegan a reflejar de manera fiel el juego de luces y cámaras propio de una cinta de metraje completo.

En cuanto a las actuaciones, sin duda estamos ante una curiosa mezcla que no llega a resultar heterogénea, con niveles de implicación dispares y que tienen una capacidad pasmosa para saltar entre situaciones de relax y otras de tensión.

La ambientación está bien conseguida, pero hay ocasiones en las que nos desorientamos respecto al tamaño de la estación flotante. En un momento nos puede parecer enorme, del tamaño de una nave más propia de Star Trek. En otras, un auténtico cilindro con añadidos en el que todo está cerca y por tanto, da miedo.

Eso sí, han sabido dotarla de unos elementos o fallos interdimensionales muy especiales, que nos retrotraen a tiempos en los que la trama de un filme así se habría planteado dentro de una enorme mansión. En ese caso, casi cualquier momento del relato es bueno para acabar con algún tripulante y que se vaya con un castigo propio del entorno en

el que se encuentran: frío, pérdida de presurización... y llegados a un punto, algo más.

Esperamos que la disfrutéis.

El veredicto

The Cloverfield Paradox nos ofrece una experiencia que trata de ser intensa, pero el propio reparto consigue que no lleguemos a tomárnoslo tan en serio como deberíamos. Con una factura que recuerda al cine de la década de los 2000, estamos ante un ejemplo de cómo los estrenos directos en Netflix pueden ser de alto presupuesto.

Fuente: ign.